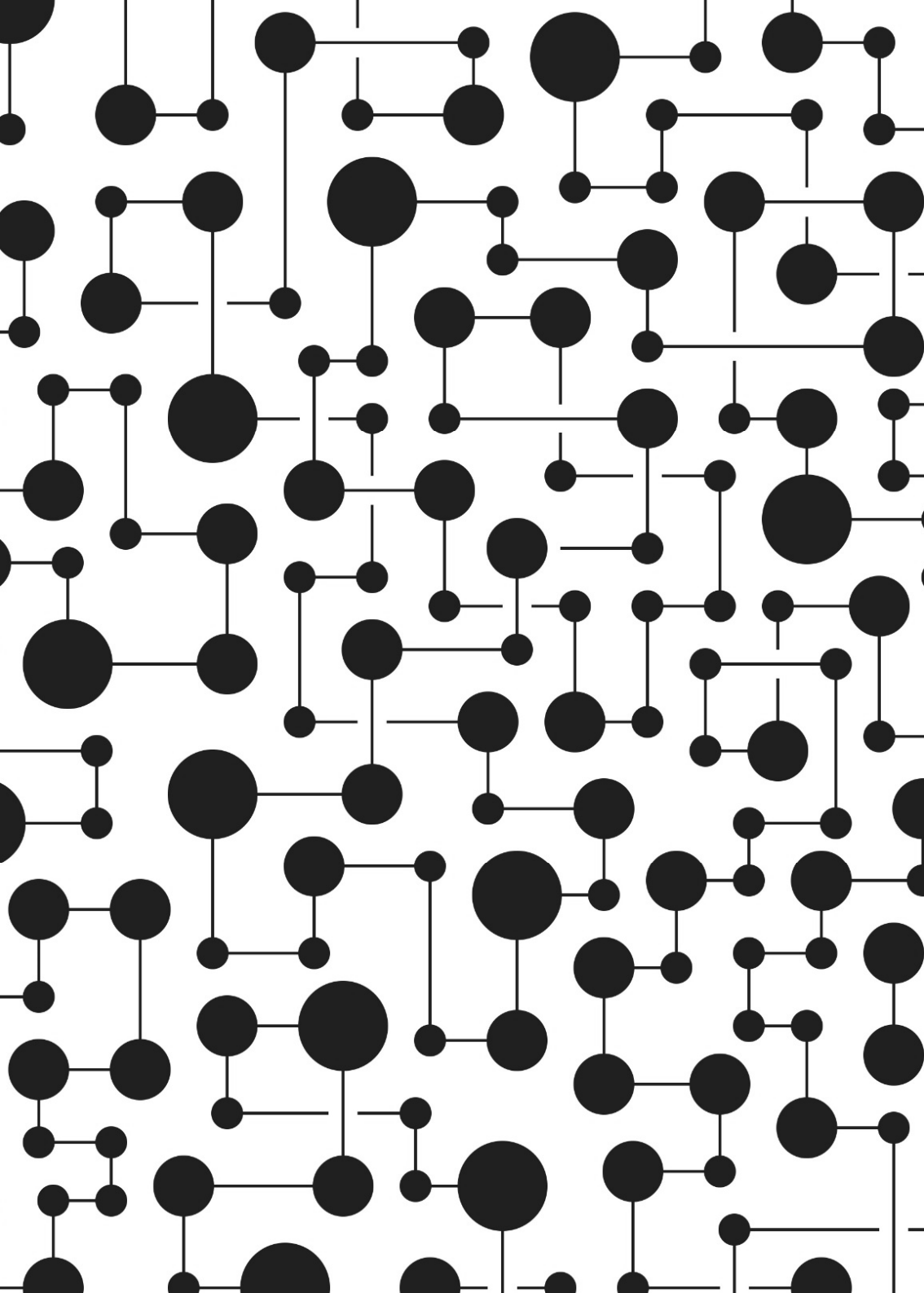


Sir Helder Amos

¿Dónde estaba Mario?

SAMARCANDA

¿Dónde estaba Mario?

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

© Sir Helder Amos
© Editorial Samarcanda

ISBN: 978-84-16179-42-8

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Cuesta del Rosario, 8 41004, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

Índice

Capítulo I 7

Capítulo II 21

Capítulo III 31

Capítulo IV 45

Capítulo V 57

Capítulo VI 71

Capítulo VII 89

Extra 107

Capítulo I

"Todo es tan diferente" pensó, mientras miraba a través de la ventanilla del taxi amarillo que lo llevaba de regreso a su viejo apartamento.

A pesar de que la ciudad no había cambiado en absoluto y que seguía teniendo los mismos edificios altos y sucios, la misma gente caminando por sus calles y los mismos autos contaminando sonoramente el ambiente, sintió que todo había cambiado, cuando en realidad lo único que había cambiado había sido él durante el mes que pasó en aquel lugar.

Cuando el taxi se detuvo frente al gran edificio que era su destino, Mario se quedó mirándolo por un gran rato y soltó un suspiro, decepcionado; nunca pensó en regresar y mucho menos en las condiciones en las que lo hacía.

—El taxímetro está corriendo —gruñó el taxista regordete desde el asiento delantero.

—¡Oh! Lo siento, tenga —se disculpó Mario, pasándole un par de billetes al hombre. Guarde el cambio.

Un segundo más tarde, se encontró parado frente al gran edificio donde lo esperaba su pequeño apartamento tipo estudio en el piso número 16 y, sacando sus llaves del bolsillo de su pantalón y caminando lentamente, entró al vestíbulo, donde se encontró con el portero tomando una gran taza de café.

—¿Todo bien? —le preguntó el hombre.

Mario se limitó a asentir con la cabeza, cómo solía hacerlo cada vez que salía y entraba del edificio, cuando el hombre le hacía la misma pregunta.

—Tenía tiempo que no lo veía por acá —añadió, mientras Mario llamaba al ascensor.

—Estaba... Eh... De vacaciones —respondió dubitativamente, dándose cuenta de que no se había preparado para responder al interrogatorio que sus amigos y conocidos le harían tras haber pasado un mes desaparecido.

—¿Y cómo la pasó?

—¡De maravilla! —respondió sinceramente.

—Qué bueno —dijo el portero, muy secamente pero con una pequeña sonrisa en los labios.

"Definitivamente, ahora todo es diferente" pensó, mientras subía al ascensor. Era la primera vez en los dos años que tenía viviendo en ese edificio que cruzaba más de una palabra con el portero, y no porque fuera maleducado, sino porque el portero era más un robot que un humano; a todas las personas que salían y entraban del edificio les preguntaba: "¿Todo bien?" sin siquiera prestarle atención a las respuestas que le daban. Es por eso que la mayoría de los habitantes del edificio no le respondían nada y solo se limitaban a asentir levemente con la cabeza.

Cuando finalmente llegó a la puerta de su apartamento, se quedó viendo la plaquita dorada con los números 161 marcados en negro, mientras sostenía fuertemente la llave entre sus dedos.

"Aquí vamos" se dijo a sí mismo y, muy lentamente, introdujo la llave en la perilla, le dio vuelta y abrió la puerta.

El apartamento lucía exactamente como lo había dejado aquella noche, hace cinco semanas, cuando recibió aquella misteriosa carta.

"Menos mal no lo vendí" pensó, mientras entraba lentamente a su hogar, cerraba la puerta detrás de él y caminaba pausadamente hacia el sofá, que estaba en medio de la pequeña sala de estar.

El apartamento era tipo estudio, de dos espacios: uno en el que estaba la cocina conectada a una pequeña sala de estar, donde solo había un gran sofá de cuero negro y una pequeña mesa con un gran televisor pantalla plana de 42 pulgadas. El otro era la recamara, donde yacía una majestuosa cama adoselada, una pequeña mesita de noche con una lámpara y una biblioteca de madera.

Exhausto, Mario se lanzó sobre el sofá y cerró los ojos para descansar un minuto; sin embargo, cuando los abrió nuevamente, se percató de que había anochecido y que su apartamento estaba inundado por un hedor raro y, llevándose las manos a la cabeza, gritó:

—¡La basura! ¡La comida! —mientras se levantaba rápidamente a encender las luces y se dirigía a la cocina, para revisar de dónde provenía el pestilente olor; pero tan pronto revisó la papelera, supo de inmediato que el olor provenía de allí.

Asqueado, Mario buscó una bolsa negra grande en uno de los gabinetes de la cocina y metió la papelera completa en ella mien-

tras se decía a sí mismo: "Tendré que comprar una nueva, ni loco vuelvo a abrir eso".

Luego, tomó otra bolsa, revisó la nevera y encontró, sin sorprenderse, todo vencido y podrido: los jugos, la leche, algunas salchichas, unas papas y unos tomates. "Esto es asqueroso" pensaba, mientras tomaba toda la comida rancia y la echaba en la bolsa negra para botarla.

Toc, toc, toc.

—¡Voy! —gritó inconscientemente, dejando la bolsa de basura a un lado y lavándose las manos, mientras se preguntaba quién podría ser, porque hacía solo un par de horas que había regresado y no le había avisado a nadie que estaba de vuelta.

Toc, toc, toc.

—Mario, ¿estás ahí? —preguntó la voz de César, uno de sus dos mejores amigos, desde el otro lado de la puerta.

—¡¡¡César!!! —chilló Mario, emocionado, pero para su sorpresa, tan pronto hubo pasado el pestillo de la puerta, su mejor amigo la abrió de golpe y lo agarró fuertemente por la camisa, zarandeándolo y empujándolo hasta que lo tuvo contra la pared que estaba al otro lado del apartamento.

—¡DESGRACIADO! ¡¿DÓNDE ESTABAS?! ¡¿DÓNDE TE HABÍAS METIDO?! ¡¡¡RESPONDE!!! ¡¿POR QUÉ DESAPARECISTE ASÍ?! ¡¿DÓNDE ESTABAS?!

—Ca-cálmate —balbuceó Mario, casi sin poder hablar. Respira. Estoy bien. Estoy bien, suéltame. ¡Cálmate!

Después de unos segundos, César, quien era un muchacho alto, musculoso y buenmozo, soltó un gran bufido como si fuera un toro, liberó a su amigo y se sentó en el sofá con los brazos cruzados.

—¡¿Y?! —bufó, de nuevo, César. ¿Te vas a quedar allí parado? ¡Di algo!

Mario, quien después de que su amigo lo soltara, se quedó congelado, con las manos puestas sobre su pecho, justamente en el lugar por donde hace un par de segundos lo tenía agarrado y zarandeando su amigo, volvió en sí y se sentó junto a él.

—Disculpa —dijo. Todavía estoy un poco sorprendido, me asustaste un mundo.

—¡¿Qué yo te asusté?! —gritó César. Estás siendo sarcástico, ¿no? Después de que desapareciste de la nada y nos tuviste, a Kat y a mí, en ascuas sin saber de ti.

—Lo siento, todo fue muy inesperado, ¿Cómo está Kat?

—¿Cómo crees que está? ¡Mal! —vociferó su amigo. Tu desaparición le afectó mucho, se deprimió, no quería comer, no quería salir y se la pasaba marcándote a tu teléfono y tú nunca le contestabas.

—¡Mi teléfono! —saltó Mario, levantándose rápidamente del sofá y corriendo a la cocina para buscar su celular que todavía estaba cargándose al lado del microondas.

—¿Lo dejaste aquí?

—Sí, lo dejé cargando antes de irme, fue muy inesperada mi partida —confesó Mario regresando al sofá. Me sorprende que la batería no se haya dañado —continúo diciendo, mientras revisaba el teléfono. *¡Whoa!* ¡2.230 llamadas perdidas y 313 mensajes entre textos y correos electrónicos!

—La mayoría son de nosotros, intentamos llamarte todos los días con la esperanza de que algún día contestaras —le informó César. Llamamos incluso a tu madre.